



¿Reírse del infierno?

EN los discursos semanales de las primeras semanas de este verano el Papa ha recordado algunas enseñanzas cristianas sobre el más allá: el cielo, el infierno, el demonio. Tal vez la ocasión para esta catequesis del Papa ha sido la tesis de un profesor italiano de Filosofía del Derecho, Luigi Lombardi Vallauri, que en publicación reciente afirmaba que el infierno es una injusticia colosal, contraria a todos los principios del derecho moderno. El propio Dios no sale bien parado de esa exposición. El discurso del Papa acerca del infierno ha desatado reacciones que han resultado bastante clamorosas por la «ampliación» a través de comentarios de firmas muy conocidas. Creemos que no estarán de más algunas reflexiones sobre el eco provocado por las palabras del Papa.

Los comentarios y artículos publicados provienen mayoritariamente de un tendido, ya conocido, que ha gritado en diversos tonos: desde la superioridad altanera hasta el sarcasmo pasando por la sorna y la rechifla. Para ese público, no muy aficionado aunque en su propia opinión muy «entendido», el Papa, como tantas veces en la historia, bien sea por razones políticas o de utilitarismo pragmático, al suprimir a Satanás, ha desmontado todo el tinglado teológico del cielo e infierno.

¿Es eso todo?

CON *seriedad intentaremos decir algo más.*

Admitimos, de entrada, que la teología católica en sus diferentes versiones y niveles (catequesis, predicación, divulgaciones), ha podido servir de pretexto para ese reciente ensañamiento. Las afirmaciones que en un pasado no tan remoto se hacían del pecado, el infierno y el demonio eran los pilares que sostenían esa terrible losa que ha oprimido tantas conciencias y ha neurotizado a tantos sujetos.

En esas predicaciones/catequesis, el contenido frecuente, ilustrado con imágenes de una apocalíptica de tizonazos, era: Al rebelarse los ángeles malos, Dios creó el infierno para someterlos allí a torturas eternas y también a los hombres que murieran en pecado mortal. (Por pecado mortal se entendía, en primera línea, la «impureza». Después quedaban algunos capítulos). La muerte en pecado implicaba la condenación eterna. Muchos alumnos de colegios religiosos recordarán el ejemplo, tantas veces oído, de la hormiguita que daba vueltas alrededor de una esfera de acero del tamaño de la tierra. La esfera llegaría a partirse por el desgaste del paso de la hormiguita pero aun entonces el infierno estaría «recién estrenado» porque el tiempo no pasaba por él. Los condenados se abrasaban sin consumirse en el fuego del infierno. La predicación distinguía entre la pena de daño y la pena de sentido. Teóricamente la pena de daño (alejamiento de Dios) era la más importante pero la mano se cargaba sobre la pena del sentido. El tormento de las llamas era inimaginable, insoportable y para siempre. El Príncipe de las tinieblas, Satanás, Lucifer, Luzbel, el demonio, el diablo o como quiera que se le llame, condenado él como cabecilla de los ángeles rebeldes

(y por tanto «caídos»), dirigía los tormentos de los condenados. Espigando unas cuantas afirmaciones de libros piadosos o teológicos de hace algún tiempo, reuniríamos un manojo de frases que hoy nos parecen sencillamente monstruosas. Tertuliano llegó a escribir: ¡Aquello será una gozada! allí exultaré contemplando cómo tantos y tantos gimen en las profundas tinieblas!... Y, imenos comprensible aún!, el propio Sto. Tomás que hace pivotar su razonamiento sobre la justicia vindicativa, llega a escribir: ¡A los bienaventurados no se les debe sustraer nada que pertenezca a la perfección de su bienaventuranza. Pero cada cosa se conoce mejor por la comparación de su contrario. Y por eso, a fin de que la bienaventuranza de los santos les complazca más y den por ella abundantes gracias a Dios, se les concede que contemplen con toda nitidez las penas de los impíos» (Suma Teológica, I-II, q. 87, a. 4).

ANTE este «avance de programa» conminatorio para los pecadores, las reacciones han sido muy diversas. Algunos se han rebelado provocadoramente ante ese Dios sádico, capaz de inventar y crear un castigo terrible y eterno para los rebeldes. ¿Qué clase de Dios es ese Ser Supremo, aunque sea presentado como muy misericordioso, capaz de organizar un lugar de tormentos inimaginables y eternos para restaurar así el orden moral transgredido por seres humanos? Otros dan el portazo a una fe que, presumiendo de misericordia, no ha sido capaz de comprender y compadecerse de la debilidad humana. Otros —¿cuántos?— que leyeron y aceptaron acriticamente al pie de la letra las «descripciones tenebrosas» del infierno han vivido al borde —o anegados más bien— en la neurosis angustiosa. Si además escuchaban, transmitidas como «revelaciones particulares», las afirmaciones de algunos santos sobre el elevado número de los que se condenan, el cuadro

creyente del «más allá» no ofrecía ya lienzo para más pinturas negras. La reflexión teológica por tanto debe admitir con honradez que detrás de ciertas «presentaciones» de los «novísimos» y del infierno en particular se ha agazapado una psicología enferma generadora de neurosis.

Desbrozando el camino

ASÍ y todo debemos afirmar que la fe católica no es fundamentalista. Ni en sentido estricto puede considerarse como «religión del libro» porque tenga que seguir al pie de la letra en toda su materialidad el contenido de un Testamento redactado hace unos dos mil años... La Biblia es desde luego Palabra de Dios pero también palabra humana, que brota en un determinado ambiente cultural y es forjada en unos géneros literarios concretos. Este hecho, demasiado olvidado o incluso desconocido, nos coloca a todos los lectores de la Biblia ante la insuprimible tarea de deslindar, en la medida que sea posible, aquello que se quiere decir (el mensaje) de la forma como se dice. Y no sólo eso, sino también transmitir el enjambre de símbolos tan entrañablemente injertados en las preguntas últimas del «de dónde venimos y hacia dónde vamos».

Mitología y Biblia no deben confundirse aunque en algún momento coincidan en alguna expresión literaria. Todo el mensaje acerca de los llamados «novísimos» tiene en la Biblia un carácter simbólico y no literal y así debe leerse. Pero no entendamos lo simbólico como algo irreal.

Si el ser humano es un alguien misterioso, la palabra más certera para expresarnos y comunicarnos, más que la fórmula exacta y matemática, es el género simbólico. Y esto no es rehuir la realidad sino todo lo contrario. Lo que ocurre es que cada generación tenemos que ir

redescubriendo algunos mediterráneos. El propio Kant ya avisó para que las expresiones sobre el más allá no se emplearan «especulativamente» sino «con intención práctica, en el sentido de cómo ha de juzgarse cada hombre a sí mismo». El sentido verdadero de las afirmaciones bíblicas sobre el «más allá no es el de ofrecer una guía de turismo para «la otra orilla» o una cartografía del infierno y el cielo, sino que pretende arrojar algo de luz a los que estamos aún de este lado y vamos caminando o somos arrastrados hacia la «otra orilla»...

¿Qué se puede decir?

NO hace falta bucear muchos metros en las profundidades del propio yo para descubrir raíces del mal en cada uno de nosotros. El «monstruo» humano de que hablaba Pascal puede destrozar su propia vida y herir de muerte la vida de los demás, estén cerca o lejos.

Esas raíces del mal, enredadas en todas nuestras decisiones, dan con frecuencia frutos amargos y aun envenenados. Y en algunos casos, por su fosilizada persistencia, preanuncian ya la posibilidad de una aterradora frustración. «Con semejante infierno en el pecho, ¿cómo es posible vivir?» gritará Ivan en **Los hermanos Karamazov**.

Es posible en teoría —la vida diaria nos empujaría a llevar más allá esta afirmación— que alguien hincque su vida en actitudes endurecidas de odio, venganza, avaricia o insolidaridad extremas, de afirmación febril de la propia autonomía y de incomunicación radical... Es decir, se encamine libremente hacia un horizonte diametralmente contrario a lo que solemos entender como ideal de humanidad. En ese caso lo que llamamos «condenación» consistiría en la petrificación definitiva en esa perversión.

Pero de ningún modo cielo e infierno deben entenderse como dos alternativas simétricas. Como si al final del azaroso pasillo de la vida nos encontrásemos con dos puertas contiguas igualmente franqueables. El ser humano es finito y dispone de unos ciertos márgenes de libertad. Lo que llamamos cielo e infierno son posibilidades antropológicas porque el ser humano puede enroscarse en una voluntad definitiva de hacer el mal, que es lo mismo que empecinarse obstinadamente contra Dios. Esa cerrazón del condenado a la bondad, y a la Bondad de las bondades, recrearía en cada instante el infierno, entendido como distanciamiento radical de Dios.

PERO esto quiere decir, y lo afirmamos con el temblor de quien tantea, que el Infierno como posibilidad no es el castigo que inventa un Dios implacable, que habiendo creado al hombre sin pedirle permiso, manda al infierno para siempre a las personas que por maldad o por debilidad no se sometan o incumplan en algún punto serio la ley de Dios. Desde una visión cristiana, el infierno representaría más bien el fracaso de Dios. Si Dios ha creado a los seres humanos para hacerlos hijos suyos y para que gocen de una felicidad para siempre, el infierno sería la muestra del fracaso clamoroso de Dios. En expresión de un prestigioso teólogo español, el infierno le duele a Dios como el mal último de sus criaturas. Von Balthasar califica esa situación de trágica, no sólo para el ser humano sino también para Dios, obligado a tener que juzgar allí donde quería salvar. Si hubiese algún condenado significaría que alguien se ha atrincherado en el anti-Bien. Y el Dios que confiesa la fe cristiana respeta —ésa es nuestra soberana grandeza— las lindes de nuestra modesta libertad. «El infierno —escribe J. L. Borges— es el nombre humano blasfematorio del olvido de Dios».

SI queremos reunir en una síntesis apretada algunas afirmaciones principales de la fe cristiana sobre el «más allá», diríamos:

- *Los textos primitivos del cristianismo con respecto a la posibilidad de ser excluidos de la salvación son enormemente más sobrios que el «desfile de carrozas» de infierno-demonios y condenados que en un afán popularizador teatralizan una advertencia sería sobre la posibilidad de frustración total (condenación) en un «lugar» de terror construido por Dios para torturar a los que no le obedezcan. El «cuadro» del infierno, tal y como ha sido predicado no pocas veces por cristianos debe mucho más a Platón, a Virgilio o al género apocalíptico que a las enseñanzas de Jesús de Nazaret, en las que también aparecen algunos rasgos apocalípticos. No debemos, por tanto, identificar o confundir el mensaje bíblico sobre el infierno con los frescos medievales o las pinturas del Bosco.*
- *La Iglesia no afirma de nadie en concreto que haya sido condenado. (¿Podemos decir que hay alguien que con su voluntad libre pueda decidir tan plenamente de sí mismo que ya no quede en él parte sana?).*
- *Satanás no ocupa hoy un lugar importante en la reflexión teológica. Los símbolos bíblicos que hacen alusión al mal (la serpiente, Satán, el diablo, los demonios...). Son polimorfos. Ciertamente que la Biblia nos habla de algunos poderes que se oponen al Reino de Dios pero los trazos diseminados en los diversos libros y géneros literarios no permiten hoy concluir en la existencia de un «ser personal» que concentre la representación del mal.*
- *«El diablo no es una figura personal sino una no-figura que se disuelve en alguna cosa de anónimo y sin rostro, un ser que se pervierte en un no ser» (Kasper).*

- *El Concilio IV de Letran (decreto Firmiter) no parece haber querido definir positivamente la existencia de los demonios, no cuestionada entonces, sino combatir la creencia dualista en dos principios, uno bueno creador del mundo del espíritu y otro malo, origen del universo. En el Credo confesamos la victoria de Cristo sobre el mal. Pero el diablo, en cuanto ángel caído, no es objeto de la fe cristiana.*

CONCLUIMOS. *Se han enunciado sólo unas pocas afirmaciones, corrientes en la teología actual, que respaldan plenamente las palabras de Juan Pablo II. Todo cristiano debe procurar que sus conocimientos teológicos estén por lo menos a la altura del nivel cultural en que se mueve para que no se genere una esquizofrenia peligrosa. No es infrecuente el caso de personas, cualificadas en el plano profesional, pero que vagan errantes en medio de una enorme incultura religiosa en la que pululan jirones de viejos catecismos de infancia, lecturas fundamentalistas de la Biblia, prácticas supersticiosas o clichés reproducidos en los medios de comunicación. Preferiríamos creer que las oleadas de comentarios que descalificaban las enseñanzas de Juan Pablo II provienen más de ignorancia que de mala voluntad. Pero en todo caso no podemos olvidar el refrán alemán: el sabio sabe lo que dice, el necio dice lo que sabe. Una cierta «vergüenza», aplicable también a algunas plumas ilustradas, debería atraernos más hacia el grupo de los sabios que seducirnos, aunque sea con espejismos literarios, hacia el montón de los «otros».*